

casi todos los que van á presidio, y todos esos que ayer eran ricos y hoy piden limosna.

Víctimas de los vicios son todos esos que pasan á nuestro lado *flacuchos* y amarillentos, sin fuerzas para coger una azada, y sin salud para pasar una noche sobre un libro.

¿Por qué no habla de esas víctimas para hacer odioso el vicio?

¿Por qué no habla de las víctimas de la riqueza?

—¿La riqueza también tiene víctimas?—le interrumpí yo.

—¡Que si tiene sus víctimas la riqueza! Hace tantas, que su número sería mayor que el de las que hacen los vicios, si éstos no las hicieran en los ricos y en los pobres.

Mire usted; en este pueblo hay un rico por cada cien trabajadores; pues por cada una de esas que ese papel llama *víctimas del trabajo*, hay cien víctimas de la riqueza.

Y como Clemente conociera en mi semblante el asombro que su afirmación me causaba, continuó con la misma exaltación:

—Mire usted, señorito: ¿Recuerda usted á don José María Sánchez? Usted lo conoció ya cojo y manco, y sabe usted que era de los más ricos de este pueblo.

Tenía una hija que me parece todavía que la estoy viendo, aunque cuando yo la conocí era un zagalón.

Era blanca como la luna, rubia como la candela, hermosa como un lucero, y tan buena para con los pobres, que todos la querían.

Un día, lo recuerdo como si fuera hoy, el día de la Virgen de Agosto, salieron de paseo don José María Sánchez y su hija la señorita Concha.

En la puerta de la casa se montaron en un coche, que era tan hermoso, y estaba arrastrado por dos mulas, las mejores que había en estos contornos.

Los hombres, las mujetes y los muchachos nos quedábamos boquiabiertos de aquel lujo.

Tomó el coche por la carretera y cuando llegaba al puente de El Dali, un perro de un cortijo se abalanzó ladrando á una de las mulas.

Esta dió una huída y el coche rodó por la ladera hasta el río.

De allí trajeron á don José María Sánchez á su casa medio muerto, y después de un año abandonó el lecho sin un brazo y con una pierna inútil.

A su pobre hija la llevaron de allí al cementerio.

Una rueda del coche le había roto la cabeza y una mula le había colocado una pata sobre el pecho, destrozándosele.